

Los tres caminos de Santiago

JUAN ROF CARBALLO

Tres caminos llevan a Santiago a los romeros a los pies del Pórtico de la Gloria, el prodigio más misterioso y menos conocido del arte. Se sabe había muchas vías aparte de las marítimas para acceder al Apóstol por tierra. La “vía tolosana”, que iba por Tolosa, desde Arlés a Puente la Reina; la “vía podensis”, de Puy a Ostabat; la “vía turonensis”, que partiendo de París pasaba por Tours; la “vía lemovicensis”, que saliendo de Vézelay arribaba por último a la misma encrucijada de Ostabat. Donde, convergiendo las tres últimas, comenzaba el camino que iba a Puente la Reina y desde allí, ya “camino francés”, hasta Compostela.

Además de este camino terrestre y de sus atajos hay un “camino celeste”: la Vía Láctea, la que según tradiciones que hombre tan docto como Rabanal no rechaza, han dado pie a que a Galicia se le llame Galaxia. Un camino por el cielo. Hay, además, un tercer camino, el camino irreal pero no menos vigente, el que está grabado por miles de siglos en la concha denominada *Pectea jacobea*, en la “vieira”. Por tres caminos, por tres viales se llega al milagro del Pórtico de la Gloria y al Apóstol legendario: por un camino terrenal; por un camino a través de la bóveda celeste y,

finalmente, por un tercer camino, el más misterioso. El que recorre el paisaje enigmático y eternamente vigente de los símbolos.

De este último nunca se ha hablado. No obstante, su itinerario está registrado en las rugosas nervaduras de esa “concha de peregrino” que tantas veces sirvió para apagar la sed de los caminos. Y otras como emblema. Y, en alguna ocasión, fue cuenco en que recoger la mísera gallofa, engullida al borde del sendero. La “vieira” es como la realización por la Naturaleza de esas conchas australianas sobre las que los aborígenes dibujan un laberinto; la famosa espiral de las danzas “maro”, que terminan en la isla de las Molucas en forma sanguinaria, con el sacrificio de unas doncellas que representan a Hainuwele fruto de las hojas de la palmera. De estas danzas parte Kérenyi para descubrir en el fondo del humano subconsciente en forma primigenia, el helicoide, que Ochoa, Watson y Crick han decidido está en la base de la herencia(1).

El laberinto es, para muchos interpretadores, la representación del curso del sol en el firmamento. Las estrías de la “vieira” son una esquematización del pausado discurrir de los astros por el cielo. Surcos y nervaduras calcáreos que espejean el movimiento mil veces secular de las constelaciones ¡quién sabe cuán sutiles y escondidas influencias, durante millones de años, han ido labrándolas en el caparazón que ahora se abre, ante nosotros, como una mano, excavándose dulcemente, como ella! Maternal por una de sus caras, montecillo rugoso por la otra; con sus despiertas orejuelas, avispadas, oreja del océano, escucha de los siglos.

Hay, entre los muchos enigmas que apasionan a los arqueólogos uno, singularísimo. La coincidencia asombrosa entre las creaciones más primitivas de la China arcaica y la cerámica precolombina, las tazas de Fenicia y las de aquella cultura misteriosa que, en Egipto, precedió al gobierno de las grandes dinastías. Se trata de un utensilio singular.

Por un lado es como una caperuza o como una campana, en forma de cerrillo o de montículo, semejante a esos quesos de San Simón que se fabrican en el Cebrero, en Galicia, de forma acuminada, más acusada aún que los clásicos de “teta de vaca”. Por lo general se trata de una especie de tapadera en forma de copa invertida y llena de agujeros. Lo que les presta interés son sus ilustraciones, dibujos o grabados, representando una procesión de animales: tigres, dragones. Se trata, al parecer, del símbolo de la “montaña sagrada” y de su acceso a ella en forma de “peregrinación”. En la cerámica sepulcral de la época Han se les conoce como “Hill Centers”. Junto a los animales hay representados paisajes, rocas, árboles. Al final de la senda que asciende a la cima de la montaña están los dioses. Es la imagen más primitiva que quizá existe de una “peregrinación”, por decirlo así en las simas más arcaicas de la historia; el primer “camino de Santiago”. Hentze, que conoce muy bien la cuestión, explica estas cerámicas que, en época posterior, también se manifiestan en forma de bronce, como una representación simbólica del “centro de la Tierra”. Hacia él se dirigen, procesionalmente, las constelaciones. Ya que, en el fondo, es una simbólica zodiacal, en la que el artista refleja la conmoción que produce en su alma el giro de las estrellas en el cielo. Desde los más remotos tiempos estos grupos de luminarias son representados en forma de animales. Al principio son sólo cuatro, como los cuatro puntos cardinales, pero siempre en giro sempiterno(2).

La montaña sagrada está, por dentro, hueca. Abriga el mundo subterráneo. Los sumerios fueron quienes primero imaginaron al mundo como una montaña. En todas las culturas encontramos este símbolo, universalmente ambivalente. El mundo subterráneo, el mundo de los muertos, el de los antepasados, el del subconsciente es, al propio tiempo, seno maternal, fecundo. Esto es, regazo. O, como decimos en gallego, “colo”. Por esta razón la cúpula o montículo que representa, que simboliza a la montaña sagrada, cuando se invierte se transforma en taza, en vaso. Como la concha de los peregrinos. Como no soy filólogo ignoro la relación que tenga nuestra palabra gallega, tan entrañable, de “colo”, “no colo da nosa nai”, en el regazo abrigador de la madre resto de *regazo materno*, con la palabra “cáliz”. La que proviene al parecer del latín *calix*, copa. Si en la arcaica China la pareja divina Si Wang Mu y Tu Wang Kung asientan como en un trono en la cima de la montaña sagrada, en ese queso de San Simón de la más primigenia de las cerámicas, también en la India, Shiva y sus múltiples encarnaciones reinan sobre el mundo desde el “cáliz”, desde la corola de la flor del loto.

Los modernos “hippies”, en su peregrinación hacia Oriente(3), reproducen, aunque en sentido inverso, las pías marchas por el “camino de Santiago”. Visto en su superficie histórica lo que animaba a los peregrinos jacobeos era la fe. En su capa consciente ésta era la principal razón de su viaje. Por lo menos en muchos de ellos; en otros los motivos era la natural avidez aventurera, el deseo de huir del tedio o de embrollados problemas personales. Mas en bastantes, hasta de los más ilustres, la fe era sólo una justificación. Podría afirmarse que si la motivación “consciente” del viaje era la fe, su impulso inconsciente era la esperanza. La recuperación de ese núcleo central del alma humana que hoy llamamos “confianza básica”.

Durante aquellos siglos, lo mismo que ahora, las almas, fueran de siervos o nobles, de pícaros o de caballeros, de santos o de rufianes, tenían en su núcleo más íntimo, en el “venero”, en la veta fecunda de su “montaña interior”, una oquedad, un vacío, una ausencia. Acaso las hambres, la peste, las guerras no permitieron que la madre diese su pecho —cáliz de vida, montaña sagrada—, es decir, *su ternura*, en grado suficiente para que quedase la consistencia interior que permite moverse sin angustia o afincar, quietos, en nuestro rincón.

Todo afán viajero traduce, para el que escruta las profundidades del hombre, un anhelo de lejanía, de búsqueda en ella de la “urdimbre” ausente. Lo vemos en la hermosa novela de Hermann Hess, *Narciso y Crisóstomo*, y también en el torerillo errante o en el “hippy”. Siempre todos ellos hacen un viaje al “centro de la Tierra”, al cuenco maternal. Y, a la vez, un descenso a los infiernos. Los peregrinos jacobeos no siempre llegaban a su destino; a veces se quedaban en el camino. Poco a poco se les fue considerando sospechosos y no se les dejaba afincar largo tiempo en la aldea o en la ciudad. Bajo la indumentaria clásica se abrigan —se nos dice— malhechores, pícaros, ladronzuelos. Esto no es enteramente justo. Todos ellos —reyes y santos, bribones y gentes del común— llevaban en el fondo de su ser, cuando peregrinaban a Compostela, un mismo anhelo. En algunos la herida no era demasiado violenta o su capacidad de esconderla era muy poderosa. Otros, más llagados, sucumbían a los engaños del camino. En Sahagún, por ejemplo, formaban como campamentos de “hippies” de nuestros días, sin otra droga que el vino, encontrando en la picaresca en común el sustituto de ese vacío que trataban de llenar con su peregrinación. A estos aberrantes se les llamó “conchistas”, deformando así la palabra que debiera habernos servido de norte en el laberinto de su subconsciente.

Ya que la concha que en el chambergo o en la esclavina llevaban los peregrinos jacobeos era como una brújula, como el plano críptico del tesoro anhelado. Rabanal tiene razón al decir que vieira, venera, viene de Venus y no de “vieiro”, en gallego vial o camino. Pero las palabras tienen dos nacimientos, como los hombres. Uno legítimo, que estudian los filólogos; otro que les da el pueblo con su adopción. El error lingüístico se torna así verdad y la “vieira” (concha de Venus, símbolo maternal) se vuelve venero, fuente, filón y también “vieiro”, camino hacia sí mismo.

Los tres caminos de Santiago siguen el mismo itinerario, aunque discurren unos por las ricas llanuras de la dulce Francia, se encaramen por los ásperos pasos pirenaicos o marchen por la seca llanura castellana. Siempre hay en ellos algo de Vía Láctea, de caminos en el firmamento, de giro de constelaciones, igual que en las arcaicas cerámicas de China o de la América precolombina. La intuición del poeta es justa. El rodar de los cielos se concreta en el laberinto esquematizado en las costillas de la “vieira”, con sus orejuelas que nos dicen sigue escuchando, tras miles de milenios, las lejanías arcaicas del Principio primero.

Todos continuamos peregrinando a Compostela. Todos anhelamos postrarnos ante el Pórtico prodigioso. Con su música en lo alto, en las celestiales esferas, con sus monstruos humillados, aguantando eternamente sobre sus dorsos sin fatiga la fábrica en la que profetas y patriarcas sonríen benévolos para premiar nuestro esfuerzo. Tras mil peripecias, después de girar como los animales sagrados de la China, de Egipto o del Perú por los vericuetos de nuestro corazón, encontramos en la obra del maestro Mateo el orden, la simetría, el mundo jerarquizado, tranquilo. Descubrimos el equilibrio de nuestra alma. Equilibrio que no esconde ni elimina nada, ni simas ni monstruos; todo lo integra. Pero ahora soportando la luz, la música, la sonrisa...

Notas

(1) V. “La pelota y el laberinto” en mi libro *Entre el silencio y la palabra*, Aguilar, 1960, pág. 331. V. también J. SCHWABE: *Archetyp und Tierkreis*. Schwabe Verlag. Basilea, 1951, págs. 538 y siguientes.

(2) V. CARL HENTZE: “Die Wanderung der Tiere und die heilige Berge”. En *Symbolon; Jahrbuch für symbolforschung*. Schwabe, Stuttgart, 1964, tomo 4.

(3) V. mi libro *Rebelión y futuro*. Taurus, Madrid, 1970, página 326.